

Tras la reunión del CC del PCE

SU BANDERA

Y LA NUESTRA



La bicolor en el escenario

El CC del PCE ha respondido a esta intimidación afirmando su voluntad de no rebasar esos límites. Punto por punto, el PCE responde:

—“En tanto que representativa de ese Estado que nos reconoce, hemos decidido colocar, al lado de la bandera roja del PC, la bandera bicolor del Estado español.”

—“Si la Monarquía continúa obrando de manera deci-

didada para restablecer la democracia, en unas próximas Cortes nuestro partido podría considerar la Monarquía como el régimen constitucional democrático.”

—“España es una realidad histórica que defenderemos, y al mantener el derecho a la diversidad, defenderemos la unidad de nuestra patria común.”

De este modo, el PCE se sitúa de lleno dentro del marco del Estado fuerte que quiere instaurar la burguesía española, se muestra dispuesto a contribuir a la estabilización de la monarquía juncarlista, de sus instituciones básicas y de su suprema autoridad.

Levantar la bandera proletaria

“Hubiéramos podido provocar una desestabilización de la situación política. Pero ¿a beneficio de quién, de los trabajadores y los demócratas o de los ultras y neofranquistas? No nos hagamos ilusiones, con la actual relación de fuerzas, los beneficiarios de la desestabilización hubieran sido los adversarios de la democracia”. Son palabras de Santiago Carrillo en su informe al CC del PCE.

Desgraciadamente, el “realismo” de la dirección del PCE no tiene nada que ver con la realidad. Porque precisamente todas y cada una de las conquistas de los trabajadores en los últimos años han sido producto de la lucha decidida, de la “desestabilización” del régimen franquista. Los presos políticos sacados de las cárceles, los

partidos y sindicatos sacados de la clandestinidad, los derechos de reunión, manifestación y huelga sacados de la ilegalidad total, la ikurriña y la senyera sacadas de la proscripción, todo ello ha sido el fruto de la movilización de masas, del enfrentamiento con el aparato represivo franquista, de la firme voluntad de imponer, al precio que sea, las reivindicaciones de los trabajadores.

Y la salida de todos los presos, la legalización de todas las organizaciones obreras y populares, el reconocimiento de todos los derechos democráticos sin limitación alguna, será el fruto de esa misma movilización de masas, de la lucha contra esa monarquía seudodemocrática que pretende estabilizar la burguesía, contra esa unidad de la patria que niega el derecho de autodeterminación de las nacionalidades oprimidas —derecho que incluye la posibilidad de separarse— contra ese Ejército reaccionario que constituye una permanente amenaza contra la libertad para el movimiento obrero y, en suma, contra esa bandera bicolor que es el símbolo de todas esas instituciones anti-democráticas.

El PCE se equivoca si piensa que sus decisiones son el precio que ha de pagar por su legalidad. El movimiento obrero y popular no ha de pagar ningún precio por su libertad. Debe arrancársela a la burguesía, desbaratando sus proyectos y derribando, con la acción de masas, sus instituciones opresoras. Para que no se la puedan volver a quitar.

En la primera reunión que celebra el Comité Central del PCE tras su legalización, éste ha tomado una serie de decisiones políticas que implican, de hecho, el reconocimiento de la “monarquía democrática” que quiere instaurar la burguesía a través de la Reforma Suárez. Y para que quede claro, el PCE colocará la bandera que simboliza a esa monarquía junto a la suya propia en todos sus actos.

Pocos días antes de abrirse la sesión del CC, la derecha franquista y los sectores más reaccionarios de la jerarquía militar habían puesto el grito en el cielo por la legalización del PCE y provocado una pequeña tormenta en las altas esferas del régimen, con la dimisión del ministro de Marina y una declaración hostil del Consejo Superior del Ejército, reunido en sesión urgente.

Oriol Grau

Un golpe teatral

Dentro de los proyectos de la burguesía española de estabilizar una monarquía “democrática” a través de unas elecciones no libres, la legalización del PCE constituye un elemento esencial. Sin él, sería imposible pensar en que las nuevas Cortes surgidas de estas elecciones vayan a ser reconocidas por las masas trabajadoras. Sin él, sería imposible pensar en la posibilidad, tan vital para la burguesía, de llegar a un “pacto social” con el movimiento obrero que permita sacar al capitalismo español de la profunda crisis en que se encuentra.

Pero por otro lado, la legalización del PCE constituye también un factor de inestabilidad para los proyectos de la burguesía, para el “Estado fuerte” —un Estado basado en la autoridad suprema del monarca y en una democracia limitada— que pretende instaurar. Con la legalización del PCE, que el movimiento

obrero recibe como una victoria suya, los trabajadores tienen más medios para expresar su voluntad de lucha, para manifestar su combatividad, para conquistar sus reivindicaciones políticas, económicas y sociales.

Es este segundo aspecto el que ha movido a la derecha franquista y a la jerarquía militar a la contraofensiva. Alianza Popular acusa al gobierno de haber dado un “golpe de Estado”. Dimite el almirante Pita da Veiga, ministro de Marina y franquista de siempre. El Consejo Superior del Ejército declara su “repulsa por la legalización del PCE” y su firme disposición a defender la unidad de la patria, su bandera, la integridad de las instituciones monárquicas y el buen nombre de las fuerzas armadas. De este modo se coloca sobre la cabeza del movimiento obrero la espada amenazante del Ejército, se le señalan los límites que no debe sobrepasar. De este modo se trata de intimidarlo.

La palabra

LUIS RAMIREZ (*)

LA PALABRA

En el breve tránsito de un suspiro podemos dejar de ser clandestinos para convertirnos en ilegales. No depende ni de pruebas ni de textos, ni de declaraciones ni de hechos, ni de tribunales de justicia ni de justicieros atribulados. Depende únicamente de la palabra, de cómo la use el propietario de la Palabra.

Como siempre, el Verbo se hizo carne. Y habitó entre nosotros, respondió el pueblo fiel. El verbo, la Palabra, se hizo hombre y nombre, ley y tribunal, posibilidad política y justificación de represiones. La Palabra hizo primero fascistas a los oportunistas, luego franquistas a los fascistas, después demócratas a los franquistas y ahora hace de vez en cuando algún socialista de entre esos demócratas. La Palabra convirtió en personajes a mediocres y en iluminados a semianalfabetos; hasta convertir en providencial a un azar de la historia, poco más que un grano si los granos envejecieran con la

boca abierta. La Palabra hizo ricos a fabricantes de telares y banqueros, a inmobiliarios escogidos y a guardadores de aceite con provecho. La Palabra hizo hasta un Imperio —sólo lo hizo la palabra— y la misma palabra lo deshizo. La Palabra sirvió para condenar y para matar, sustituyó a las pruebas en los procesos, a la convicción en los tribunales. La Palabra, las últimas palabras de quien las usó tanto, permitió incluso, se dice, que se elevara desde los fuegos de campamento al poder un muchacho de la OJE de Cebreros que se ha apoderado de ella y parece que no la suelta fácilmente. Porque en este sistema la Palabra es como una lámpara mágica con milagro oriental garantizado, lo puede todo.

Y ahora la Palabra ataca de nuevo, la Palabra amenaza, la Palabra acecha, avanza sobre los ciudadanos, los inmoviliza, los clasifica en legales o ilegales según sus necesidades —porque la Palabra tiene sus necesidades, y se las hace—, según sus juegos de poder, según sus ambiciones

de mesa camilla trasladada por el mago de la lámpara a un Palacio. Porque sólo la Palabra decide, y sólo ella decidirá si seguimos siendo clandestinos o por el contrario ya podemos considerarnos ilegales. ¿Y si la Palabra atragantada en el Supremo y pasada a su actual poseedor, o vicario en ejercicio concedido, nos declarara por una vez legales? De todas maneras, habrá que tener mucho cuidado. Es posible que haya empezado ya a retroceder y que ahora sólo pueda pasarnos de perseguidos a perseguibles. Cualquier cosa puede suceder en el brevísimo tránsito de un suspiro.

* En adelante, COMBATE contará con la colaboración permanente de Luis Ramírez. Autor de obras como “Nuestros primeros 25 años”, “Franco, historia de un mesianismo”, etc., y asiduo colaborador de la revista “Ruedo Ibérico”, Luis Ramírez no ha sido sólo uno de los más conocidos intelectuales bajo el franquismo; ha sido un intelectual militante. No se ha parado sólo a analizar la lucha de clases bajo la dictadura; ha tomado parte activa en ella. COMBATE agradece su colaboración.